



Los sujetos de la democracia local: activos, pasivos y excluidos

María Gómez Garrido

Miembro del equipo de investigación Desigualtats, Gènere i Polítiques Públiques (UIB)

El municipalismo es una propuesta política que pone el acento en la escala local al considerarse ésta un ámbito más cercano al ciudadano, donde podrían favorecerse procesos de participación. La participación política local en los territorios bajo el Estado español tiene una historia jalonada por varios hitos, entre los que podemos mencionar las movilizaciones urbanas de la Primera República y la participación electoral que dio lugar a la Segunda República en abril de 1931. Según Gerardo Pisarello, hay una conexión histórica clara entre municipalismo y ruptura democrática.¹ En esa línea, podemos pensar dos momentos fundamentales en la historia más reciente: el movimiento vecinal de los años setenta y primeros ochenta del siglo pasado, organizado en las periferias de las ciudades; y el ciclo abierto por el movimiento 15M, cuyo resultado más visible a nivel institucional han sido los llamados *ayuntamientos del cambio*. En ambos casos se dio un período de efervescencia colectiva, donde un amplio sector de la población participó en formas de asociacionismo y movimientos locales para conseguir una serie de cambios. En ambos casos también, ese período de movilización dio lugar a propuestas electorales para acceder a las instituciones. Los actuales ayuntamientos de Barcelona, Madrid o Cádiz, formados por las candidaturas de unidad popular presentadas al calor del ciclo de movilizaciones, son una prueba de modelos de municipalismo que nos permiten comprender hasta dónde podemos llegar y hasta donde no, a través de los modelos de gobierno y representación actuales.

¿Quién ha sido el *sujeto activo* en esos procesos políticos? Cuando pensamos en los sujetos de la democracia como *activos* o *pasivos* parecería que estos sujetos son individuos con características propias que preexisten a las condiciones de su participación, y que ésta última dependiera de las *preferencias*, o de la *voluntad* que cada uno de estos individuos tienen. Es decir, de elecciones individuales como si de un mercado se tratara, en el primer caso; o del grado de implicación y compromiso en el segundo. Sin embargo, los sujetos se constituyen como tal en circunstancias sociales, y a través procesos sociopolíticos; no preexisten a estos. Así que tratar de diferenciar los sujetos activos de

¹ G. Pisarello, «Ganar democracia. Por un municipalismo constituyente», *Viento Sur*, 25 de junio de 2014, disponible en: <http://vientosur.info/spip.php?article9166>.

los pasivos, y de los excluidos, supone distinguir las condiciones que favorecen la participación de distintos sectores de la población en las democracias locales.

Hay dos elementos centrales que caracterizan la idea de ciudadanía occidental: el acceso a los derechos y la participación en los asuntos que afectan a la comunidad política. Se trata de una herencia combinada del mundo romano y el mundo griego. En las democracias liberales ha tenido mucho más peso la herencia romana: el ciudadano lo es a través de los derechos que le reconocen como tal y que le permiten acceso a recursos. A diferencia del modelo romano de ciudadanía, el sujeto político aristotélico es, por definición, un ciudadano activo, pues para Aristóteles la naturaleza del hombre se completaba sólo a través de su participación en el ágora de la *polis*, a través de deliberar sobre lo común.² Cuando el filósofo hablaba de la naturaleza del *hombre*, se refería al varón, y no al ser humano, porque se consideraba que las mujeres no formábamos parte de la misma naturaleza. No se trata aquí de hacer juicios anacrónicos, sino de comprender que esa perspectiva antropológica nos marcó hasta hace dos días. La representación de una naturaleza escindida hombre/mujer era la misma que separaba el *oikos* del *agora*, el espacio del hogar del espacio público, de lo considerado *político*, y los sujetos que podían dedicarse a los asuntos públicos de quienes sostenían la vida (mujeres, pero también esclavos...).

El planteamiento aristotélico ha dado lugar a numerosas relecturas en tiempos de hegemonía neoliberal por parte de pensadores republicanos que han podido así romper la inercia de los marcos interpretativos dominantes. Desde la perspectiva republicana sólo nos constituimos en sujeto político en la medida que participamos; volcarnos en los intereses privados nos despoja de nuestra condición ciudadana, pues sólo un modelo que imite el mercado puede imaginar un sujeto que decida participar, o no, como quien decide adquirir, o no, un nuevo producto en un supermercado. Este modelo normativo es útil como crítica al liberalismo, pero presenta importantes problemas: en primer lugar, no todas las personas disponen de *tiempo* para participar. Los empleos precarios, los horarios interminables y los esfuerzos por combinar todo ello con los cuidados que sostienen la vida hacen que no siempre se tenga disponibilidad para la participación. El modelo actual de participación plena (el del militante) es un modelo fuertemente masculinizado. Por otra parte, las investigaciones sobre participación política insisten que ésta muestra patrones que reproducen desigualdades de clase y estatus.

Los estudios de sociología política suelen apoyarse en las investigaciones iniciadas por los norteamericanos Verba y Nie en los años setenta sobre cómo el estatus social condiciona la participación: las personas con más recursos, tanto económicos como culturales, tienden a participar más.³ Esto tiene sentido puesto que la participación política en el mundo contemporáneo (es decir, a partir de que existe una noción de soberanía popular)

² J. G. Pocock, «The Ideal of Citizenship since Classical Times», *Queen's Quarterly*, Vol. 99, núm. 1, 1992, pp. 35-55.

³ S. Verba y N. H. Nie, *Participation in America: Political democracy and social equality*, Harper and Row, Nueva York, 1972; S. Verba, N. H. Nie y J. O. Kim, *Participation and Political Equality: A Seven-Nation Comparison*. Cambridge University Press, Cambridge, 1978; M. Caínzos y C. Voces, «Class Inequalities in Political Participation and the 'Death of Class Debate'», *International Sociology*, Vol. 25, núm. 3, 2010, pp. 383-418.

se da normalmente sobre la base de cierta área de igualdad, tanto como condición objetiva, como en cuanto sentimiento subjetivo de pertenencia. Cuando esas áreas de igualdad se contraen, la participación desciende.⁴ En realidad, el ideal de modelo universal de democracia ha creado históricamente esferas de participación en las que se reproducen formas de opresión social, y de exclusión, dando mayor visibilidad a unos grupos sociales (varón blanco de clase media) frente a otros. La desigualdad económica y cultural está directamente ligada con procesos de infrarreconocimiento, y la exclusión social es una forma institucionalizada de subordinación conectada directamente con la dimensión política, condicionando y limitando la participación.

Ahora bien, procesos históricos como el movimiento vecinal de los años setenta y ochenta, señalado al principio de este texto, rompen esa regla: puede darse una movilización por abajo que cree *escuelas de democracia* donde las desigualdades de clase y estatus se rompan para construir lo colectivo, en este caso, *el barrio*. Así, vemos que la igualdad no es solo una condición objetiva, sino que puede construirse a través de procesos de reconocimiento intersubjetivo por los que nos constituimos en nosotras y nosotros como iguales. Por lo tanto, para participar tiene que haber un cierto sentimiento de pertenencia y participar es, a su vez, una acción que puede favorecer ese sentimiento en las personas. Pero no es un proceso sencillo, sobre el que podemos establecer perfectas regularidades históricas, ni técnicas de manual. Si la participación se promueve sólo de arriba abajo, no deja de ser un 'gesto', sin ninguna consecuencia real de empoderamiento.⁵ Podemos pensar a nivel macro en las consultas de tipo plebiscitario y, a nivel micro, en las múltiples intervenciones de técnicos y profesionales bien intencionados que promueven la participación a nivel local sin cuestionarse sus saberes y manifestando en ocasiones un paternalismo que reproduce relaciones desiguales.

Nuestras democracias locales, por otra parte, están plagadas de formas de *exclusión*: en primer lugar, excluyen a todas/os aquellos que no tienen estatus de ciudadanía, a las *sin papeles*, independientemente de si muchas de ellas contribuyen al bienestar común, como es el caso de las trabajadoras de cuidados en situación sin regularizar. Pero excluyen también a aquellas/os que tienen formalmente estatus de ciudadana y que, por diversos procesos de discriminación (de clase, raza, de maneras de plantear el debate o establecer los mecanismos de lo que se considera participación), quedan marginadas del acceso a espacios de deliberación y decisión.⁶ En realidad, hay una franja de población pasiva, desafecta, que desvela un sentimiento de exclusión.

Los *sujetos pasivos* podrían, en una interpretación apresurada, parecerse al *free-rider* olsoniano: aquel *aprovechado*, que no participa políticamente, que no dedica su tiempo y energía a esa construcción de lo colectivo, pero luego se beneficia de los resultados favorables tras las luchas políticas. La realidad es que, de nuevo, son condiciones sociales

⁴ A. Pizzorno, «An introduction to the theory of political participation», *Social Science Information*, núm. 9, 1970, pp. 29-61.

⁵ A. B. Stevens y L. Young, «Partial, Unequal and Conflictual: Problems in Using Participation for Social Inclusion in Europe», *Social Work in Europe*, Vol. 6, núm. 2, 1998, pp. 2-9.

⁶ I. M. Young, «Polity and Group Difference. A Critique of the Idea of Universal Citizenship», en D. Matras y J. Pike (eds.), *Debates in Contemporary Political Philosophy: An Anthology*, Routledge, Nueva York, 2003, pp. 219-238.

e históricas las que han hecho que las personas se involucren más o menos en política. En nuestro contexto, la pasividad o *apatía* hunde sus raíces, por una parte, en un pasado dictatorial relativamente reciente en el que la admonición *no te metas en política*, el miedo y el silencio transmitido en el interior de los hogares durante las décadas de los cuarenta y cincuenta, conectó perfectamente con la construcción de una sociedad de consumo a partir de los sesenta. Señala Guillermo O'Donnell en una lectura del clásico texto de Hirschmann «Retirada, Voz y Lealtad» que podemos pensar en la *voz* como concepto que remite a la participación y expresión política en dos sentidos: la voz vertical y la voz horizontal. La voz vertical se dirige a una autoridad, el gobierno municipal, por ejemplo, para expresar una serie de demandas. Ésta la puede ejercer un individuo cuando escribe una carta o una petición. La voz horizontal, en cambio, se produce sólo en el espacio grupal en el que nos reconocemos como iguales, en el que compartimos inquietudes, en el que nos relacionamos para pensar en lo común. La voz horizontal es, en realidad, una condición de la voz vertical. Y ésta es la que estuvo más perseguida durante la dictadura: las personas podían puntualmente expresar alguna petición de manera individual, pero lo grupal era siempre visto como subversivo. La política del terror argentina presentó al mismo tiempo unos sujetos que podían ser felices en una vida más o menos volcada hacia lo privado (el trabajo propio, la familia) y sin plantearse las tensiones entre lo público y lo privado.⁷ Los paralelismos con la historia del Estado español son palpables, y la herencia de 40 años de dictadura ha podido dejar ese poso de 'no me interesa la política' en cada pequeño pueblo y ciudad.

No obstante, la soledad del ciudadano apático se ha visto rota en situaciones no siempre predecibles. En los movimientos vecinales de los años setenta y primeros ochenta se construyeron espacios de radical democracia, tanto por la inclusión de las clases trabajadoras y populares en dichos procesos, como por la capacidad de influir en los asuntos de la ciudad a favor de la ciudadanía: la creación de un parque, de un centro de salud, de una escuela.

El otro momento clave ha sido el ciclo de movilizaciones abierto con el 15M y otros movimientos coetáneos, como la Plataforma de Afectados por la Hipoteca. Podríamos distinguir dos fases: la primera, el período '15M- Sol', es decir, cuando el movimiento se concentró en las plazas principales de las ciudades (Sol, Plaça de Catalunya, etc.). Aquí el 15M enuncia un sujeto político que se sentía excluido de la democracia representativa y del 'turnismo' entre los dos principales partidos. Un sujeto, además, que padecía las embestidas del neoliberalismo más salvaje, cuyo resultado ha sido la crisis de 2008. El lema 'no somos marionetas en manos de políticos y banqueros', resumía este sentir. Una segunda fase se produce cuando el movimiento decide descentralizarse para organizarse en cada barrio y pueblo. Es aquí cuando el movimiento comienza a parecerse más a lo que fue el movimiento vecinal de aquellas otras décadas; es aquí que deja de ser pura expresión para convertirse en espacio de participación conectado con las realidades cotidianas de las personas, con sus necesidades, sus urgencias. Es aquí donde deja de ser pura deliberación para tejer, poco a poco, redes de solidaridad; y es por ello que en esta fase, menos visible mediáticamente, el movimiento se hace más democrático e inclusivo. Las asambleas 15M derivan en diversas propuestas y se conectan con otros movimientos:

⁷ G. O'Donnell, «Retirada, voz y lealtad», *Revista uruguaya de ciencia política*, núm. 1, 1987, p. 34.

asambleas de parados y paradas, bancos de alimentos asamblearios, movimiento de 'invisibles', plataformas antideshaucios, etc. Vuelven a dar vida a viejos locales de las asociaciones de vecinos, que habían sido infrautilizados en el desierto político de los noventa, y reconfiguran espacios como los centros sociales, incorporando perfiles mucho más amplios y diversos que el del habitual *activista*. Estos movimientos están dando lugar también a propuestas de políticas públicas allí donde ha habido voluntad de incorporar las demandas y de crear canales de participación.⁸

Desde una mirada que busque resultados rápidos, puede que estas formas de democracia local se consideren de un alcance muy modesto. Desde el punto de vista de la profundización democrática y la participación local, son la única vía posible. Defender y promover estos espacios supone aceptar ritmos diferentes a los electorales, dinámicas que recuperen la vida y los cuidados, procesos donde la participación esté abierta a la diversidad y no sólo a la deliberación de unos cuantos aventajados. De forma subterránea, estos espacios pueden construir otros mundos, donde esas desigualdades entre las personas activas, pasivas o excluidas se desvanecen.

⁸ Cada ciudad y distrito está viviendo su propio proceso en este sentido. Son muchos los elementos que necesitan confluir a veces para resultados más favorables. Es el caso, por ejemplo, de la Mesa contra la Exclusión del distrito de Tetuán, en Madrid, que parte de las iniciativas de movimientos como Invisibles y el Banco de Alimentos 15M, en un distrito cuya concejala tiene su propia experiencia de activismo y participación en espacios de construcción colectiva.